



El poder de la innovación en Trabajo Social

Andrea Nataly Benavides Pérez

Estudiante de Trabajo Social
andrea.n.benavides212@umariana.edu.co

Anyi Carolina Hernández Yépez

Estudiante de Trabajo Social
achernandez222@umariana.edu.co

Carlos Eduardo Vallejo Montezuma

Estudiante de Trabajo Social
carloсед.vallejo@umariana.edu.co

Introducción

En las últimas décadas, el Trabajo Social ha atravesado profundas transformaciones que han exigido una actualización constante de sus métodos y estrategias. En ese sentido, los cambios sociales y tecnológicos actuales imponen la necesidad de incorporar enfoques innovadores que vayan más allá de las prácticas tradicionales, situando a la innovación como un pilar esencial para la transformación de la disciplina; por ello, este artículo analiza cómo la integración de metodologías participativas y el uso estratégico de nuevas tecnologías permiten no solo renovar los modelos teóricos, sino empoderar a los trabajadores sociales para que asuman un rol protagónico en la generación de cambios significativos en sus comunidades. El texto destaca la importancia de rediseñar tanto las prácticas cotidianas como la gestión del conocimiento colectivo, fomentando la participación activa de los usuarios en la co-creación de soluciones que respondan a los desafíos de un entorno cada vez más complejo e incierto.

Desarrollo

Durante las últimas décadas, el ámbito del Trabajo Social ha tenido que enfrentarse a una serie de desafíos derivados de los continuos cambios y

de la complejidad inherente a los fenómenos sociales, lo que ha impulsado a sus profesionales a reinventar constantemente sus estrategias de intervención y acompañamiento. En este marco, la innovación se revela no solo como una herramienta valiosa, sino como un elemento esencial para reformar las estructuras tradicionales y dar respuesta eficaz a las nuevas demandas sociales. La trascendencia de innovar en esta disciplina se fundamenta en la imperiosa necesidad de propiciar transformaciones significativas en contextos marcados por la volatilidad, la incertidumbre, la complejidad y la ambigüedad. Así, el desafío es doble: por un lado, implica renovar la forma como los trabajadores sociales abordan los problemas y se vinculan con los usuarios; y, por otro, consiste en dotar a la profesión de herramientas que permitan anticipar y adaptarse a las transformaciones sociales y tecnológicas que configuran nuestro presente. En consecuencia, la innovación se plasma en la revisión de modelos teóricos tradicionales y en la adopción de metodologías participativas que van más allá del simple uso de tecnologías de la información, para involucrar activamente a los actores sociales en procesos de co-creación y empoderamiento, fortaleciendo tanto la práctica profesional como la capacidad de respuesta ante los desafíos de una sociedad en constante evolución.

El concepto de innovación en el trabajo social comprende una variedad de procesos que van desde la modificación de métodos ya existentes hasta el desarrollo de prácticas, procedimientos y productos inéditos que, en conjunto, elevan la calidad de vida y el bienestar social. Alonso (2016) afirma que este enfoque no se limita únicamente a la adopción de nuevas tecnologías o herramientas digitales, sino que requiere un cambio de mentalidad, una mayor disposición a asumir riesgos y la habilidad para administrar el conocimiento de forma colaborativa. Según Sampedro y Pérez (2019), el trabajo social innovador se define por un enfoque integral que trasciende la mera prestación de un servicio o la resolución puntual de problemas; se orienta hacia una transformación global de los entornos en el que se desenvuelven las personas, lo que implica redefinir el papel del trabajador social, pasando de ser un simple ejecutor, a convertirse en un agente de cambio que, además de cubrir las necesidades inmediatas, promueve la generación de capital social, fortalece la cohesión comunitaria y consolida redes de apoyo; de este modo, se abandona la visión asistencialista tradicional en favor de una intervención que impulsa la participación activa y el protagonismo de los usuarios en la transformación de su propio entorno.

Por su parte, Rodríguez y Pérez (2017) sostienen que la habilidad para innovar en el trabajo social está estrechamente vinculada a la gestión

del conocimiento y a la capacidad de adaptarse a los cambios sociales y tecnológicos. La administración del conocimiento, entendido como el proceso de recopilar, distribuir y aplicar el saber colectivo, permite a los profesionales aprovechar la experiencia acumulada en su práctica, para idear soluciones novedosas y eficaces; esta visión se refuerza en contextos académicos y profesionales que fomentan la formación continua y la actualización metodológica, elementos esenciales para dotar a la disciplina de herramientas que permitan anticiparse y responder a las demandas de la sociedad contemporánea.

De igual forma, resulta esencial la participación ciudadana, que constituye un soporte fundamental para la innovación social. En ese escenario, Guillén (2021) afirma que, incluir a los usuarios en el diseño, la implementación y la evaluación de las intervenciones sociales, no solo enriquece el proceso de toma de decisiones, sino que también fomenta un sentimiento de pertenencia y fortalece el empoderamiento de las comunidades; es un enfoque participativo que posibilita la elaboración de soluciones que se ajustan con mayor precisión a las necesidades reales de las personas, puesto que se basa en su experiencia directa y en el conocimiento adquirido empíricamente sobre los problemas que afectan su entorno; es decir, la innovación en el trabajo social se configura como un proceso de diálogo y colaboración que reconoce y valora las capacidades y conocimientos de todos los actores involucrados.

La evolución de la innovación en el trabajo social se evidencia en el paso de los modelos de intervención tradicionales que, históricamente, se basaban en la imposición de soluciones externas, hacia enfoques más flexibles y participativos en los que el usuario ocupa el centro del proceso. Teniendo en cuenta esto, Naranjo (2009) sugiere que esta transformación requiere, en primer lugar, modificar la forma de entender el riesgo y el fracaso, elementos clave para estimular la creatividad y la adopción de nuevas metodologías, lo que implica que los profesionales deben mostrarse dispuestos a experimentar, aceptar la incertidumbre y aprender tanto de los éxitos como de los errores, entendiendo que la innovación es un proceso dinámico y continuo en el que cada experiencia aporta elementos para perfeccionar la práctica.

Por otra parte, la integración de nuevas tecnologías en el campo del trabajo social ha abierto múltiples posibilidades para innovar, debido a que facilita el desarrollo de herramientas digitales que mejoran la comunicación, el seguimiento de casos y la implementación de estrategias de intervención a

distancia; sin embargo, resulta crucial que estas tecnologías sean utilizadas de manera complementaria y no reemplacen la relación humana, que continúa siendo el núcleo esencial de la intervención social (Otero, 2022); es decir, la tecnología debe considerarse como un instrumento que potencia el trabajo colaborativo y la difusión del conocimiento, evitando reducir la innovación a una perspectiva exclusivamente digital.

Un elemento destacado que ha emergido en los últimos años es el fomento de metodologías participativas que impulsan la co-creación de soluciones junto a las comunidades; este es un enfoque que reconoce que los problemas sociales presentan una complejidad y multidimensionalidad que requieren respuestas integrales, abordando tanto sus aspectos objetivos como subjetivos. De ese modo, Torras et al. (2021) señalan que la adopción de técnicas como el *Design Thinking*, la gamificación y el aprendizaje experiencial permite a los trabajadores sociales explorar de forma creativa diversas alternativas de intervención, lo que facilita la integración de perspectivas variadas y enriquece el proceso de toma de decisiones, en esa medida, la innovación se entiende no como una actividad aislada, sino como un proceso colectivo en el que participan múltiples actores y disciplinas.

La evidencia empírica respalda la importancia de innovar en el trabajo social; diversos estudios han demostrado que el uso de métodos novedosos en la formación y en la práctica profesional mejora de forma significativa la calidad de las intervenciones y la satisfacción de los usuarios. Por ejemplo, Alonso (2016) y Riberas et al. (2016) han señalado que la incorporación de metodologías activas y participativas en los programas académicos de Trabajo Social incrementa la motivación y el compromiso de los futuros profesionales, quienes se sienten mejor preparados para enfrentar los desafíos de un entorno social en constante transformación.

Por otro lado, López-Peláez et al. (2023) enfatizan en que la transformación digital y la creciente interconexión global han propiciado el surgimiento de redes y comunidades de práctica que facilitan el intercambio de experiencias y conocimientos entre profesionales de diversas regiones y contextos, espacios colaborativos que permiten que las buenas prácticas y los modelos innovadores se difundan rápidamente, contribuyendo a la formación de un acervo colectivo de saberes que enriquece la intervención social a nivel mundial. De esa forma, la creación de cátedras, seminarios y grupos de investigación dedicados a la innovación en el Trabajo Social evidencia el creciente interés y la relevancia de este campo, promoviendo la

colaboración entre universidades, entidades estatales y organizaciones de la sociedad civil.

La innovación en el trabajo social va más allá de la simple adopción de nuevas tecnologías o métodos; representa una transformación profunda en la cultura tanto organizacional como profesional. Rodríguez y Pérez (2017) plantean que este cambio implica adoptar estilos de liderazgo renovados, fomentar la diversidad e inclusión y crear un ambiente laboral que premie el aprendizaje constante y la reflexión crítica. En ese escenario, la habilidad para innovar se erige como un indicador crucial de la modernidad y flexibilidad de las instituciones, permitiendo que la disciplina se consolide como un agente de cambio en un entorno marcado por la complejidad y la incertidumbre. De igual forma, es imprescindible reconocer que la innovación en el trabajo social también se enfrenta a retos éticos y de justicia social, lo que significa que la búsqueda de nuevas estrategias de intervención debe orientarse a asegurar el respeto por la dignidad humana, la equidad y el acceso a derechos fundamentales, que son la base ética de la profesión.

Así, Guillén (2021) agrega que la innovación se transforma en una herramienta para desafiar y modificar estructuras de poder y desigualdad, promoviendo una distribución más equitativa de los recursos y ampliando la participación de los sectores históricamente marginados. En consecuencia, la innovación social adquiere una dimensión ética que supera el mero desarrollo técnico, erigiéndose en un instrumento esencial para la construcción de sociedades más inclusivas y solidarias. Asimismo, la relevancia de innovar en el trabajo social se refleja en su potencial para producir un impacto social duradero, puesto que las intervenciones innovadoras suelen ser más resilientes y adaptables, permitiendo que sus efectos perduren a lo largo del tiempo y se extiendan a diversos contextos; este carácter sostenible es vital en un escenario donde los recursos son cada vez más escasos y las demandas sociales aumentan de forma exponencial; por ello, la innovación se concibe como una inversión a futuro; el desarrollo de nuevas competencias y la mejora en los procesos de intervención se traducen en un incremento del bienestar colectivo y en una transformación positiva de la realidad social (Sampedro y Pérez, 2019).

El reto para quienes ejercen el trabajo social radica en incorporar la innovación en su actividad cotidiana, sin perder de vista el componente humano y relacional que caracteriza a la intervención. En esa medida, Riberas et al. (2016) afirman que esto requiere mantenerse en constante actualización y estar dispuestos a probar nuevas formas de actuar, por lo que

es esencial que la formación en innovación se integre en el plan de estudios de las carreras de Trabajo Social, de modo que los futuros profesionales no solo desarrollen habilidades técnicas, sino que cultiven una actitud abierta y creativa para abordar los problemas desde diversas perspectivas. Al respecto, tanto la universidad como los centros formativos ejecutan un papel decisivo al fomentar el pensamiento crítico y la capacidad de innovar en la práctica, creando espacios de intercambio y aprendizaje que combinen la teoría con la experiencia práctica.

Del mismo modo, es esencial que tanto las instituciones como los organismos estatales reconozcan la importancia de la innovación en el ámbito social y asignen recursos para promoverla. Así, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico [OCDE] (2009) complementa que, la puesta en marcha de políticas públicas que estimulen la creación y difusión de buenas prácticas en trabajo social resulta fundamental para consolidar la disciplina y potenciar su impacto en la sociedad, así como, la colaboración entre el sector público, el tercer sector y el privado puede generar sinergias que impulsen la innovación, permitiendo desarrollar programas y servicios que respondan de manera más eficaz a las demandas sociales actuales. Todo esto implica que el Estado tiene la responsabilidad de facilitar el intercambio de conocimientos y tecnologías, además de establecer marcos normativos que incentiven la experimentación y la adopción de nuevas metodologías de intervención.

La experiencia acumulada por diversos profesionales y académicos demuestra que la innovación en el trabajo social no es un fin en sí misma, sino un proceso que exige un compromiso constante con la mejora y la transformación; de esa forma, los casos de éxito en diferentes partes del mundo evidencian que, al aplicar metodologías innovadoras, se obtienen resultados que trascienden la simple resolución de problemas aislados, abriendo la posibilidad de lograr transformaciones estructurales en las comunidades y en la sociedad en general. Estas vivencias resaltan la necesidad de concebir la innovación como un proceso multidimensional que integra aspectos tecnológicos, metodológicos, organizacionales y éticos, requiriendo la participación activa de todos los actores implicados.

La adopción de modelos de intervención social más innovadores también conlleva revisar y actualizar los marcos teóricos tradicionales que han sustentado la práctica del trabajo social puesto que, aunque estas teorías han contribuido a comprender la complejidad de los problemas sociales, a veces han resultado insuficientes para enfrentar la dinámica de un mundo

en constante cambio; por ello, es imprescindible renovar estos modelos teóricos incorporando elementos de la economía del conocimiento, la gestión del capital social y las metodologías participativas, de suerte que el trabajo social se adapte a los nuevos escenarios y responda efectivamente a las demandas emergentes; esto implica que no solo se enriquece la práctica profesional, sino que también abre nuevos caminos de investigación que profundizan en la comprensión de los procesos de cambio social.

La esencia de la innovación reside en la multiplicidad de puntos de vista y en la habilidad de extraer enseñanzas de la experiencia en el campo del trabajo social; esto implica promover la cooperación entre diversas disciplinas y el intercambio de conocimientos entre distintas áreas; así, la suma de aportes de la sociología, la psicología, la economía, las ciencias políticas, entre otras, enriquece la comprensión de la realidad social y facilita la creación de soluciones que combinan efectividad técnica con pertinencia social. En consecuencia, la innovación se transforma en un vínculo que une diversos saberes, promoviendo un enfoque integral y holístico en beneficio de toda la sociedad (Guillén, 2021).

Igualmente, la importancia de la innovación en el trabajo social se refleja en su capacidad para ajustarse a contextos de crisis y emergencias; de esa forma, la reciente pandemia de COVID-19 evidenció la necesidad de respuestas rápidas y eficaces ante eventos inesperados que impactan a la población en múltiples dimensiones. En este escenario, la digitalización de los servicios sociales, la aplicación de intervenciones a distancia y el empleo de plataformas virtuales se han vuelto herramientas fundamentales para asegurar la continuidad de la atención y la protección de los derechos de las personas. Estos desarrollos, surgidos como respuesta a una situación de emergencia, han marcado el inicio de una transformación profunda en la práctica del trabajo social, demostrando cómo la innovación puede ser primordial para enfrentar desafíos a nivel global (Otero, 2022).

Por otro lado, el proceso innovador en el trabajo social suscita interrogantes significativos sobre su evaluación y la medición de su impacto pues, a diferencia de otros campos donde es posible cuantificar indicadores económicos o de productividad de manera objetiva, en esta disciplina los resultados innovadores se evidencian en aspectos como el bienestar, la inclusión, el empoderamiento y la calidad de vida, dimensiones que requieren enfoques de evaluación tanto cualitativos como mixtos. En ese aspecto, Naranjo (2009) sostiene que la dificultad para medir el impacto social de estas intervenciones no debe ser vista como un impedimento, sino como

una oportunidad para desarrollar nuevos instrumentos y metodologías que capturen la complejidad y el valor de los cambios producidos, por lo que la investigación en este ámbito debe enfocarse en crear indicadores comprensivos que reflejen tanto los resultados inmediatos como los efectos a largo plazo en la transformación social.

En este contexto de transformación, la educación y la capacitación de los trabajadores sociales adquieren un papel central, por lo que Riberas et al. (2016) afirman que es esencial incorporar en los programas formativos, contenidos sobre innovación, emprendimiento social y tecnologías digitales, para preparar a los futuros profesionales frente a los retos de un entorno en constante evolución, pues una formación interdisciplinaria que combine teoría con la aplicación práctica de metodologías innovadoras es clave para potenciar la capacidad de los trabajadores sociales para generar cambios significativos en sus comunidades. De esa forma, la convergencia de la innovación, la gestión del conocimiento y la participación ciudadana establecen un escenario en el que el trabajo social puede desempeñar un rol decisivo en la construcción de sociedades más justas y resilientes, lo que permite abordar los problemas de forma integral y fomentar un proceso de cambio que refuerce la cohesión social y el sentido de comunidad. En este sentido, la innovación se plantea como una herramienta estratégica para combatir la exclusión, la desigualdad y la pobreza, desafíos que afectan a millones de personas a nivel mundial y que requieren respuestas completas y sostenibles.

El futuro del Trabajo Social depende, en gran medida, de la capacidad de sus profesionales para adaptarse a las nuevas realidades e incorporar la innovación en su práctica diaria, por lo que la transformación de la disciplina exige también el compromiso de instituciones públicas y privadas para impulsar la investigación, desarrollar nuevas metodologías y establecer redes colaborativas que faciliten el intercambio de conocimientos y la difusión de buenas prácticas. Solo a través de un esfuerzo conjunto y multidisciplinario se podrá construir un modelo de intervención social capaz de responder a los desafíos del siglo XXI y contribuir de manera sostenible al desarrollo humano y comunitario (OCDE, 2009).

Conclusiones

La innovación en el trabajo social se configura como una respuesta imprescindible ante la complejidad y los constantes cambios de la realidad social actual, demandando una transformación profunda tanto en la práctica

profesional como en los marcos teóricos tradicionales. Adicionalmente, se evidencia la necesidad de renovar los enfoques y metodologías, impulsando la adopción de prácticas participativas y el uso complementario de las nuevas tecnologías, sin perder de vista el elemento humano que fundamenta la intervención social. Este proceso implica no solo el desarrollo de nuevas herramientas y procedimientos, sino un cambio de mentalidad que permita asumir riesgos, gestionar el conocimiento de manera colaborativa y fomentar el empoderamiento y la participación activa de los usuarios; así, el trabajador social se transforma en un agente de cambio, capaz de promover la cohesión comunitaria y generar soluciones que responden a las demandas emergentes, con una perspectiva ética y un compromiso por la justicia social.

Finalmente, es imprescindible reconocer que la formación continua, la actualización metodológica y la articulación entre diversas disciplinas, son pilares fundamentales para consolidar este nuevo paradigma, que no solo mejora la eficacia de las intervenciones, sino que contribuye a la construcción de sociedades más inclusivas y resilientes, capaces de enfrentar tanto crisis inmediatas como desafíos estructurales a largo plazo.

Referencias

- Alonso, D. (2016). ¿Innovamos en trabajo social? *Revista Facultad de Trabajo Social*, 32(32), 75-85. <https://doi.org/10.18566/rfts.v32n32.a04>
- Guillén, J. (2021). Habilidades del trabajador(a) social: desde la mirada de su acción profesional. *Revista de Ciencias Sociales*, 27(4), 327-340. <https://www.redalyc.org/journal/280/28069360023/html/>
- López-Peláez, A., Sang-Mok, S., & Zelenev, S. (2023). *Digital transformation and social well-being. Promoting an inclusive society*. Routledge.
- Naranjo, M. (2009). Motivación: perspectivas teóricas y algunas consideraciones de su importancia en el ámbito educativo. *Revista Educación*, 33(2), 153-170. <https://www.redalyc.org/pdf/440/44012058010.pdf>
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). (2009). *Innovación en las empresas. Una perspectiva microeconómica*. OCDE.
- Otero, A. (2022). La tecnología, un recurso para las crisis humanitarias. <https://www.eldiario.es/>

- Riberas, G., Rosa, G., & Leal, M. T. (2016). Fostering innovation in social work and social education degrees: multilingual environment and tools for social change. *International Journal of Educational Technology in Higher Education*, 13(31). <https://doi.org/10.1186/s41239-016-0031-0>
- Rodríguez, A. y Pérez, A. (2017). Métodos científicos de indagación y de construcción del conocimiento. *Revista EAN*, 82. <https://doi.org/10.21158/01208160.n82.2017.1647>
- Sampedro, C. y Pérez, J. (2019). Innovación social como herramienta en la transformación de una sociedad inclusiva. *Prospectiva, Revista de Trabajo Social e Intervención Social*, (28), 93-119. <https://doi.org/10.25100/prts.v0i28.7929>
- Torras, I., Rubio, E. M., Mota, R. y Lázaro, S. (2021). Formación en técnicas para la innovación en trabajo social y educación social: una experiencia interuniversitaria colaborativa. *Formación Universitaria*, 14(5). <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-50062021000500163>

Declaración uso de inteligencia artificial

En la elaboración de este artículo, los autores utilizaron la herramienta CHATGPT para ajustar la redacción. Después, revisaron y modificaron cuidadosamente el contenido; por lo tanto, asumen la responsabilidad total de la publicación.